

— Tero, qué tasa, catitán? Torfirio atregunta y tregunta tor su ayudante y ni quien le dé razón...

— ¡Ah, es usted, señor Boldi! dijo Olivos al ver á un viejo gordo, calvo, con sonrisa de idiota y ojos papujados, que andaba con los pies hacia afuera como los pericos sueltos en los balcones.

— Allá voy, gritó levantándose y estirando los miembros con una lasitud espantosa.

— Tues ándele, Tancho, ándele, catitán, dijo el barrigudo, que tenía, entre otros mil, el defecto de pronunciar la te por la pe.

Y Pancho, tras un tocado sumarísimo, salió para la casa de Inzunza, donde estaba preso el jefe. Experimentaba esa rarísima sensación que sufre quien duerme diez ó doce horas de un tirón y se levanta bruscamente después del medio día.



CAPÍTULO II

Los prófugos

EL temporal recién transcurrido había puesto á Pancho en rara situación: en el cuerpo un desmayo, una lasitud y un destroncamiento que le hacían verlo todo gris, desteñido y triste; en el alma un inmenso, un inacabable deseo de decirse á sí mismo injurias y reproches.

Además, cuando trató de arreglarse para la salida, no encontró su quepis y tuvo que ponerse un sombrero ancho que rodaba por allí, tapándose con un horrible *plaid* á cuadros que cubría honradamente una cama de las francesas. Ponía el pie en la escalera cuando le atajó el paso Campardon en persona, ya limpio, rasurado, con el rostro placentero y la mirada brillante de quien ha dormido diez horas sin mover pie ni mano.

— ¿Qué tal se descansó, amigo? Muy bonitas horas de levantarse; las cinco de la tarde.

— Tengo un molimiento de huesos y un dolor de coyunturas, que pienso me va á dar tifo.

— ¡Qué tifo, ni qué niño muerto!... Dentro de un rato estarás peor que nuevo. ¿No quieres echarte una copita?

— ¡Puah, qué asco!

— Pues es lo que alivia.

— Enfermo seguiré, pero no haré la barbaridad de tomar una copa más...

— No digas tonterías; *todas hieren, pero sólo mata la última.*

— No me detenga usted más, que voy á ver á mi general; me ha mandado llamar no sé cuántas veces y me va á dar un jabón como para mí solo.

— Pues precisamente por eso te detengo.

— ¿Para que me regañe?

— No, para lo contrario... Dile á tu general (cogiendo por los hombros á Francisco, inclinándose y bajando la voz) que sigo siendo el mismo de marras y que mi agradecimiento no ha bajado desde que salvó á Nicole de las garras del bandido Antonio Pérez... Dile que en esta casa se puede esconder si quiere fugarse...

— ¿Pero aquí, con tantos entrantes y salientes, amigos y paisanos de usted?

— No tengas cuidado; eso no te toca. Dile sólo al general: Campardon le avisa á usted que don Felipe y el doctor están á salvo.

— ¿Qué Felipe?

— No te importa; haz lo que te digo, y en paz.

Bajó Pancho la escalera y en un vuelo llegó á la casa en que los generales estaban presos. Aguardaba que Porfirio le pusiera como hoja de perejil, pero se limitó á decirle negligentemente:

— ¡Ah! ¿es usted, capitán?

— Mi general, yo...

Entonces notó que el jefe estaba frente á una ventana, recostado en un sillón y leyendo un libro con estampas. Tenía la barba crecida y el rostro pálido y desmejorado.

— ¿Está usted enfermo, mi general?

— Algo; tengo mucho frío; deme su *plaid*.

Se quitó Pancho la prenda y la entregó á Porfirio, que se arrebujó en ella cuidadosamente.

— Mi general, dijo tímidamente, Campardon, ya sabe usted, el de Misieses, el de la francesita que usted salvó...

— ¿Qué dice, qué dice Campardon? interrogó ansiosamente el general.

— Me dió este recado para usted: «Campardon dice que don Felipe y el doctor están á salvo.»

— Por fin, hombre, ya era tiempo... ¿Conoce usted al oficial que está de guardia?

— No, mi general.



— Bien; retírese usted y luego hablaremos.

Fué Pancho á saludar á unas señoras que llegaban á despedir á unos prisioneros y oyó lo que se oía en todos los grupos: «Mañana, mañana es la salida; Dios les saque

con bien... A Francia, á la Martinica les llevan; ¡pobrecillos!»

Estaba el muchacho doliéndose de aquella terrible expectativa, cuando notó que Porfirio ya no estaba en su sitio. Recorrió con maña todos los grupos y no le encontró en ninguno; iba á salir á la calle, pero le impidió el paso un centinela. Se dirigió á pedir permiso al oficial de guardia, y se encontró con que éste era el propio Galland, el oficial de zuavos á quien habían cogido los de Llave.

— Hola, hola, capitán, le dijo en un español impasable; ¿conque quieres salir? Puedes pasar, no más ven á tiempo, porque te necesita tu jefe para darte órdenes y arreglar la marcha.

Salió Francisco, y á toda carrera se dirigió á Misieses. Campardon fumaba un cigarrillo á la puerta de la casa, y luego que le vió le dijo como al descuido:

— En el tercer patio, ya sabes... No te detengas, que ya todo está listo... Toca tres ocasiones la puerta condenada que da á las caballerizas y te metes sin decir cosa... Llévate esta trigueñita llena de alcohol por si quieren refrescar un poco el gazonate.

Y cogiendo Pancho la limeta que le daba el francés (que no podía concebir el remedio de males humanos sin el auxilio de un frasco de lo fino) metióse á las caballerizas que le había indicado el dueño de la casa.

Dentro de la fementida estancia vió á tres personas: el general Díaz, don Felipe Berriozábal y el doctor Cacho. No tardó en presentarse un mozo que habló á solas con Berriozábal, entregándole éste algunas onzas que alegraron la semiobscuridad con su tintineo y su fulgor rubio y exquisito. El doctor sacó un fósforo para encender un menguado velón de sebo que alumbraba no más la mesa paticoja, un cántaro que rezumaba perlas de líquido por todos sus poros, los pies de un crucifijo gigantesco y un burro que sostenía dos ó tres sillas de montar. El resto del cuarto permanecía en tinieblas, distinguiéndose apenas la apretada y obscura cabellera de Porfirio, el perfil de medalla de Berriozábal, la silueta negruzca del doctor y los ojos brillantes, moribundos y extraviados del Cristo que tocaba con la cabeza al techo.

Berriozábal se levantó de pronto, y echando un taco dijo casi en secreto:

— Para mí esto es una ratonera y no más. Pensar que un francés nos defiende de franceses, es pensar en lo excusado. Aquí nos cogen; van á verlo, y van á ver también cómo no tenemos defensa.

Porfirio siguió fumando negligentemente el cigarrillo que tenía entre los labios y apenas contestó palabra.

El silencio siguió largo y tenaz sin que le interrumpiera más que el bostezar, ó el extenderse de los miembros de alguno de los presentes. Poco después de las diez

se oyeron los tres golpes y el mozo penetró al cuarto hablando alguna cosa con Berriozábal y con Porfirio.

— Capitán, ¿tiene usted caballo? preguntó el general.

— No, mi general.

— Pues me le llevo en ancas del mío.

— Como usted disponga, mi general.

— Den un pienso y fuera; no hay que perder tiempo.

— ¿Qué dice usted, preguntó Cacho al general Díaz, que se llevará á su ayudante á la grupa del caballo?

— Eso digo.

— Pero no habrá caballo que les baste.

— ¡Cómo ha de ser! No le he de dejar aquí á que le deporten ó le fusilen.

— Hay un medio de evitar esas cosas.

— ¿Cuál es?

— Que me quede yo, cediéndole á usted mi caballo.

— ¡Pero es una atrocidad! se le llevan á usted.

— No, me protege mi inmunidad de médico, que sin duda respetarán los franceses.

— Pues arreglado y muchas gracias.

— ¡Qué gracias, ni qué nada! No las merezco. A usted le recomiendo la bestia, que es de brío y de mucho valor para mí. Mántela usted y que le vaya bien. Deseo que sobre ella conquiste usted nuevos lauros y alcance todos los triunfos que yo le vaticino desde ahora...

— Adiós, doctor...

— Adiós, Porfirio; adiós, Felipe... Hasta luego, capitán.

* * *

Media noche era por filo cuando los tres jinetes ponían los pies en la puerta de la calle, donde se les incorporaba un tipo cuerudo, ventrudo y peludo hasta más no poder.

— Aquí estoy, jefe, dijo dirigiéndose á Berriozábal.

— Bien, hombre, bien; has sido puntual.

— Así lo soy de costelación, mi jefe... Y quisiera, mi jefe, si á mi jefe no le sirve de molestia,... digo, que me diera los tlaquitos que tenemos pendientes.

— No, señor *Pájaro Azul*, respondió don Felipe dene-gando suavemente, no, nada de pagar anticipado... Música pagada toca mal son... Ya recibiste dos onzas á cuenta; las otras seis las tendrás cuando nos pongas sanos y salvos fuera de la garita de Totimehuacán... Si no, dando, dando, *Pájaro Azul* volando.

— Como guste, mi jefe.

Siguió la comitiva por las calles desempedradas y tristes, haciendo sonar con las herraduras de los *cuacos* los cascotes, los pedruscos y los trozos de madera. Cuando llegó adonde había sido el fuerte de Ingenieros, avanzó una fuerza de traidores á reconocer á los que salían.

— ¡Ah, eres tú, *Pajarito!* dijo la voz de un oficial que salió á la puerta.

— San Pancracio... ¡Bendito Dios!

— Pasa, hombre, pasa. ¿Quiénes te acompañan?

— Son de mi escolta; salen á una comisión.

— Pues tápanse bien, porque por ahí viene una tempestad que les va á empapar.

— Sí, mi jefe; vamos ajuarados con mangas de hule, contestó Porfirio fingiendo voz de ranchero.

— Aquí estamos, siguió el de la garita, con tantos ojos abiertos, porque se ha fugado la bola de chicanos.



DON FELIPE BERRIOZÁBAL

— ¿Es posible, jefe? preguntó Díaz con asombro.

— Ahora, Porfirio Díaz en persona escapó en las narices de un francesito.

— Haya cosa, reflexionó Berriozábal.

— Y aquí hay orden de reconocer á quien salga sin el santo y seña.

— Es natural, confirmó Pancho.

— Bueno, pues ustedes, síganla, dijo el *Pájaro*, que se apartó unos cuantos pasos con Berriozábal fingiendo hacerle encargos y darle órdenes.

— Adiós, mi jefe.

— Adiós, hombre, y si encuentran por allí algunos sospechosos, denles alcance. Quién quita que aprehendan á algún pollo de cuenta, quizás á Porfirio en persona.

— No tiene ni qué decirnos, respondió Díaz con resolución: si les encontramos, les agarramos... Ya verá usted.

— Bueno, mi jefe, que la pase buena.

— Que les vaya bien en todo, dijo el *Pájaro*.

— Que cojan á los desalmados, insistió el otro; á bien que ya andarán por allí las pilas de patrullas francesas buscando á esos tales.

Como lo había dicho el bueno del guardián de la garita, la nube que goteaba empezó á echar agua á más y mejor, volviendo la noche todavía más oscura de lo que era al principio. Requirieron los tres de la escapatoria sus mangas de hule, picaron á los pencos y se engolfaron en la negrísima noche, que parecía un muro de obsidiana impenetrable y raso.

— No más no nos apartemos, aconsejó Porfirio.

— Claro está, repuso la voz de Berriozábal.

Siguieron caminando sin saber adónde se encontraban, y cuando menos lo creían, interrumpiendo el chipi-

chipi incesante de la lluvia y el chapotear de los caballos en el lodo, escucharon un *Halte là... ¿Qui vive?* que les heló la sangre en las venas. Luego sonaron diez ó doce



tiros, se oyeron voces y estrépito de armas y al fin todo quedó en silencio.

La misma aventura les pasó á poco andar, y cuando dejaron de oirse las últimas descargas, Berriozábal reunió el grupo á la vera de un barranco, cuya boca se abría con su orla de chaparros que parecía mirar fija-

mente á la hondonada. La lluvia había cesado un poco, y la luna asomaba tímidamente por entre cortinajes de nubes.

— Hemos venido á caer, dijo don Felipe, en la boca del lobo: éstos deben de ser los puestos avanzados de regimientos franceses. Por la situación, fueron los cazadores de á pie los primeros que nos marcaron el alto, y los húsares los que nos dispararon después... No hay que seguir este camino porque nos exponemos á un mal rato. Si no me equivoco, esa altura que vemos es la sierra de la Malinche: sigámosla, y ya veremos adónde vamos á dar.

Encamináronse generales y oficial hacia aquella pared de sombra, y no tardaron, en tropezar con asperezas y rocallosidades que treparon no obstante lo que se resistían al callo de las bestias, como si se desmoronaran á cada vez que las tocara la pezuña de un caballo. Así caminaron toda la noche, sintiendo á veces en las piernas el aguijón de las durísimas espinas del mezquite ó del maguey y la acometida casi animal del *vixivixio*, que al ser tocado, lanza su proyectil de ardorosas púas, con tanta fuerza, que atraviesa la piel del calzado. Las ramas les azotaban el rostro, arrancábanles el sombrero y les cegaban momentáneamente.

Pancho se detuvo un rato al borde de un arroyuelo que canturreaba con insistencia de maniático una can-

cioncilla triste y monótona, bebió un poco de agua, que su situación le exigía, llenó con el líquido una botella que había cuidado de llevar consigo y continuó caminando entre troncos derribados, jaras y ramajos, hondonadas y eminencias, arroyuelos y barrancos.

A poco volvió á topar con otro hilillo de agua que lanzaba una nota aguda y doliente; recorrió un trozo de bosque idéntico en todo al que acababa de pasar, y luego le sorprendieron un barranco, una nopalera, una meseta y un llanizuelo que se le figuraron semejantes á los que ya había visto.

Cuando tuvo frente á frente tercera y cuarta vez al arroyito melómano y se encontró *empotrado*, esto es, preso entre cercas, trancas, espinos y maleza, se le ocurrió decir en voz alta:

— Creo que estamos perdidos.

— ¿Y hasta ahora lo nota? le preguntaron entre risas los generales.

— Ya no tarda en amanecer, dijo don Felipe señalando una faja de luz que parecía una hendedura abierta en el manto negro de la noche.

Aguardaron un rato y las cimas empezaron á colorearse con un matiz entre rosa y naranja y los árboles se coronaron con un halo de oro que parecía arrancarles chispas como resplandores de custodia; la hierba apareció llena de menudo aljófara, y por fin, pudieron los viajeros